

tento de la divina ciencia, de un sabio; y de otro portento de la fe cristiana, de un apóstol.

El primero, hijo de grandes, nacido en condal castillo; el segundo, teniendo por cuna, humilde vivienda portuguesa, uno educado entre magnates italianos, por los monjes de Monte Casino; otro alegrando su infancia con la gaita pastoril en los prados de Castilla; soldado aquel, en la milicia de Domingo de Guzmán y preso en sus propios estados por defender la bandera de Cristo; soldado éste de Carlos V en Fuenterrabía y condenado á la horca por no haber sabido morir matando á los franceses.

Pasmo de Nápoles, Colonia y París, por su ciencia colosal, el docto maestro de aquellas famosas universidades; notorio en Oropesa como en Gibraltar, en Ceuta como en Cádiz, por su ardiente caridad y su humildad imponderable, el famoso industrial de libros piadosos: adiestrado uno por el gran maestro Alberto el Magno; instruido el otro por el nuestro eximio, Juan de Avila; y si á aquel en distintas ocasiones dijole su Redentor desde el leño de la infamia humana «*Tomás de Aquino, bien has escrito de mí*»; á este tambien el Niño Jesús, desnudo y descalco, le habló aquende el Peñón, para decirle: «*Juan de Dios, Granada será tu Cruz*».

La Iglesia es admirable. Junto el apóstol, nos presenta el sabio; al lado del doctor divino, azote de la herejía y ángel de la escuela, nos presenta la simpática figura del hermano de los pobres, de los desvalidos y los enfermos, el primero representa la ciencia suma del apostolado cristiano, el segundo, el apostolado heroico de la suprema ciencia.

Intentemos siquiera besar sus huellas, imitando en lo posible dentro de la esfera en que vivimos y torpemente nos movemos, como colonos descuidados de la viña santa, su celo y sus virtudes; aun sintiéndonos flojos, pobres ó cobardes, para que no se cumpla en nosotros, aquella sentencia tremenda lanzada por Jesucristo á los fariseos cuando les dijo en el templo de Jerusalén.

«*La piedra que desechan los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo; por lo cual os digo, que os será quitado á vosotros el reino de Dios y dado á gentes que rindan frutos de buenas obras.*

*Ello es, que quien se escandalizare ó cayese sobre esa piedra, se hará pedazos, y ella hará añicos á aquel sobre quien cayere en el día del Juicio.*

ANTONIO DE CIBÓN.